

Convivialidad marginal^{**}

Gabriel Feltran

Introducción

Maiana perdió a dos hijos adolescentes, asesinados a principios de la década de 2000. Un tercero estuvo encarcelado durante muchos años. En 2017, la policía mató a uno de los dos sobrinos que vivían con ella, que había sido acusado de robar un teléfono celular. Fui a visitarla. Nos conocemos desde 2005. Estaba muy triste y mantuvo la compostura lo mejor que pudo. Cocinamos el almuerzo juntos, comimos y conversamos. Mientras comíamos, el hermano del chico asesinado llegó de la calle y entró a la casa. Encerrado en el dormitorio, lloraba desconsoladamente y, cada tanto, gritaba y bramaba de dolor, revulsión y desesperación. Nunca había visto esta clase de sufrimiento. Maiana me dijo que esto es lo que pasa cuando sucede algo así.

* <https://doi.org/10.54871/cl5c112a>

** Extraído de Feltran, Gabriel (2020). *Marginal Conviviality. On Inequalities and Violence Reproduction*. San Pablo: Maria Sibylla Merian International Centre for Advanced Studies in the Humanities and Social Sciences Conviviality-Inequality in Latin America. [*Mecila Working Paper Series N° 26*]. Traducción de Eugenia Cervio.

Durante mis años de trabajo de campo en las favelas de San Pablo, de 2005 a 2018, escenas de esta intensidad se repitieron en muchas situaciones de convivencia. Viví aquellas escenas en una posición muy diferente a las de mis interlocutores en el campo. Mientras ellos experimentaban la violencia en su vida privada y conversaban conmigo, yo conversaba con ellos y hablaba sobre la violencia en mis textos. Volví a casa con frecuencia, lejos de las favelas, en un barrio de clase media del interior del estado de San Pablo, seguía leyendo y reescribiendo mi diario de investigación, filtrando el impacto físico y emocional de la violencia, el llanto y la mirada triste en interpretaciones sociológicas (Das, 2006). Escribí varios artículos y ensayos sobre las historias de vida de mis interlocutores, y en mis narrativas tienen nombres ficticios, tal como Maiana lo tiene aquí.¹ Nuestras posiciones sociales desiguales son metáforas del argumento que definiendo en este artículo: en América Latina, la pragmática de la vida cotidiana –o la convivialidad– estructura la gestión de la distribución

¹ En mi etnografía, la vida y la rutina cotidianas son las fuentes de comprensión y razonamiento, y no los eventos espectaculares o las informaciones ocultas. Teóricamente asumo que las situaciones cotidianas, o de convivencia, me darían todo lo que necesito para entender cómo se enmarca la vida social, incluido el funcionamiento de los mercados ilegales y la violencia misma. A pesar del desarrollo continuo del *savoir-faire* sobre la realización de etnografía en contextos violentos, nunca asumo que esté completamente resuelta. En términos metodológicos, el trabajo de campo etnográfico no es “recolectar datos” o “recopilar información”; los grupos de investigación a los que me incorporé consideran el trabajo de campo como un proceso de “construcción de relaciones transparentes y de largo plazo con todos los interlocutores en el campo”. La lógica es la de generar confianza mediante la transparencia y el intercambio a largo plazo, la ética y la protección de datos. La rutina de producir diarios de campo también evita sesgos incontrolados o malentendidos posiblemente no reflejados. A nivel de procedimiento, nunca nos presentamos utilizando información errónea, identidades ficticias o dispositivos secretos durante la investigación. También asumimos que nunca podríamos exponer a ninguno de nuestros interlocutores después del trabajo de campo, por lo que la protección de datos es un tema clave para nosotros. Mi etnografía nunca es una actividad solitaria durante el trabajo de campo, por dos razones diferentes. En primer lugar, siempre cuento con intermediarios locales que nos ayudan en el derrotero por territorios y situaciones; en segundo lugar, en nuestro grupo de investigación, los investigadores experimentados siempre supervisan a los académicos más jóvenes durante sus actividades de campo.

de la violencia a través de órdenes sociales diferentes, plurales y desiguales.

Maiana y su familia

Hija de inmigrantes de los estados de Ceará y Minas Gerais, Maiana es la mayor de tres hermanos. Nació en 1964 en el barrio de Vila Prudente, en la zona este de San Pablo. Creció bajo la ideología del “milagro económico” durante la dictadura (1964-1985), y vio a sus padres trabajar en empleos estables en la región industrial conocida como el ABC² –su padre era metalúrgico en la fábrica de ascensores Otis, su madre era empleada doméstica en el municipio Santo André.

Pasé toda mi vida en el ABC, mis amigos eran mis primos, mi madre no permitía otras amistades, solo primos; entonces me criaron así, dentro de la familia; con mis hermanos era lo mismo. (Entrevista a Maiana)

Como Maiana tenía otros parientes en la región ABC, y su madre vivía en el lugar donde trabajaba, pasó más tiempo en Santo André. Pero su familia compró un terreno en Sapopemba, un distrito vecino, y construyó una casa allí. Se mudaron cuando su madre dejó su trabajo para cuidar a sus hijos pequeños, mucho más jóvenes que Maiana, que continuó sus estudios en el barrio.

Los inicios de la trayectoria familiar de Maiana son muy similares a muchas otras que encontré en el campo: la generación de los padres migra de un estado a otro, o deja el campo por la ciudad, atraída por el empleo industrial. De una generación a otra, la familia rural se

² La región ABC es la principal zona industrial del Gran San Pablo y de Brasil. El acrónimo se refiere a las tres ciudades que originalmente conformaron la región: Santo André (A), São Bernardo do Campo (B) y São Caetano do Sul (C). La región es conocida por su historia proletaria y por la enorme desigualdad típica del mundo industrial latinoamericano. Mientras que São Caetano cuenta con el índice de desarrollo humano (IDH) más alto de Brasil, las favelas de Santo André y Sapopemba tienen focos de pobreza extrema.

convierte en trabajadora y, a través del trabajo, experimenta la movilidad social y económica ascendente. La división del trabajo está delimitada con precisión según la edad y el género. Finalmente, la familia compra una parcela en las inmediaciones de la frontera en expansión de la ciudad, para hacer realidad el sueño de la casa propia a través de la autoconstrucción. El plan es que los niños crezcan seguros y asistan a la escuela, para que las hijas puedan casarse bien y los hijos encuentren buenos empleos. De este modo, “si Dios quiere”, la vida sigue su curso.

Maiana siguió al pie de la letra el guion de la generación anterior: en 1982, a la edad de 18 años, se casó con su novio de la escuela, un muchacho trabajador que tenía un buen empleo como conductor en una empresa de transporte público. Los dos decidieron vivir juntos, y la familia toleró el acuerdo. Han vivido en Sapopemba desde entonces. Luego de cuatro años de matrimonio tuvieron tres hijos: Jonatas, Michel y Robson. Los lazos familiares eran estrechos y crecieron todos juntos en el mismo barrio. Maiana trabajaba como manicurista para complementar los ingresos del hogar, pero como no tenía empleo permanente también estaba a cargo de la esfera doméstica.

El valor del trabajo continuó guiando la organización del grupo, pero los ingresos del marido no eran suficientes para mantener a tantas personas. Los niños aprendieron el valor del trabajo desde una edad temprana ya que siendo varones, especialmente en tiempos de crisis, tienen que ayudar al padre tanto como sea posible. A mediados de los noventa, los niños sintieron por primera vez cierta presión para contribuir al presupuesto del hogar. Toda ayuda era bienvenida; la inflación desenfrenada del decenio anterior había depreciado el valor real del salario del proveedor principal, y los costos aumentaban a medida que los niños se hacían adolescentes. Pero el incentivo para que Jonatas, Michel y Robson trabajaran era, sobre todo, aprender a valorar el dinero que gastaban, a valorar el trabajo. Para que entendieran la vida y se convirtieran en trabajadores como sus padres. Solía ser un plan.

El tercer elemento

En Feltran (2020), a partir del diálogo con una larga tradición de autores brasileños que investigan el conflicto urbano y la violencia, presento el argumento de que el orden urbano en San Pablo se mantiene mediante regímenes de acción normativos, plurales y coexistentes (Machado da Silva, 1967, 1999, 2004, 2016; Misse, 2006, 2018; Feltran, 2012; Veloso Hirata, 2018, 2010; Cabanes, 2014; Barboza Machado, 2017; Grillo, 2013). Para estos autores, el conflicto urbano ocurre entre sujetos que no comparten los mismos parámetros plausibles de acción, incluso en situaciones de convivialidad en las que, de hecho, viven juntos. Por extensión, estos sujetos no ocupan diferentes posiciones en un orden urbano compartido: incluso si viven en copresencia, tienen diferentes posiciones en diferentes órdenes urbanos.

Distintas tradiciones analíticas discuten la misma cuestión empírica en términos políticos. Los conceptos como soberanía; autoridad estatal y seguridad; y órdenes híbridos u horizontes emergentes de gobernabilidad [*governscapes*] se utilizan para dar cuenta de los desafíos empíricos de los estados modernos,³ pero también los empleamos en las interpretaciones de los contextos brutales y violentos

³ En este texto empleamos la palabra “Estado” en minúsculas, para reforzar la diferenciación que buscamos expresamente, en contraste con el uso más común de “Estado” que representa simplemente un conjunto de instituciones públicas o aparatos ideológicos. La noción es weberiana, en tanto nos referimos a un Estado objetivado: una comunidad humana que impone con éxito el monopolio legítimo de la violencia en un territorio particular (Weber, 1967). Sin embargo, el Estado también es un agente, y como todos los agentes se produce durante y como resultado de sus acciones. La teoría que fundamenta esta definición objetiva y ordenada del Estado en Weber es una teoría de la acción. Abrams (2006) advierte sobre la dificultad que impone el estudio del Estado, precisamente porque implica estudiarlo bajo la perspectiva de la teoría simmeliana de la objetivación (el estado como idea y sistema). Vianna (2014) y Souza Lima (2002) han demostrado que es más productivo comprender lo que se conoce como procesos estatales en movimiento, al observar su voluntad progresista y sus instancias de reificación. Das y Poole (2004) han demostrado que no existe un centro estatal y que las operaciones de legitimación y construcción de legibilidad son fundamentales para su validación en términos jurídicos.

(Mbembe, 2003; Arias y Barnes, 2017; Stepputat, 2013, 2015, 2018; Denyer Willis, 2015; Lessing, 2017; Darke, 2018; Das, 2006).

Jacques Rancière, en su obra clásica *La Méésentente* (1995), sigue un argumento conceptual similar. El conflicto clave que nos ayuda a entender la política contemporánea, para el filósofo francés, no ocurre cuando uno dice blanco y otro dice negro. Al seguir esta tradición, comprendemos que la disputa de negro vs blanco es solo una dimensión secundaria, secuencial y directiva –lo que Rancière llama la “policía”– del conflicto original y esencial, que ocurre cuando uno dice blanco, y otro también dice blanco, pero no se entienden entre sí. Entre estos sujetos hay una incompreensión radical mutua, respecto de los criterios (Rancière, 1995), los múltiples significados plausibles (Wittgenstein, [1953] 2009; Cavell, 2006) y los efectos concretos de la blancura, según los entiende cada agente (Thevenot, 2006; Boltanski y Thevenot, 1991; Werneck, 2012).

Veamos un ejemplo. Tres sujetos en San Pablo, o en París, desean seguridad y ofrecen argumentos normativos sobre la forma y el contenido del tipo de seguridad que anhelan. Para el primero, o la primera, seguridad significa vivir su vida lejos de la amenaza del crimen en San Pablo, o de la amenaza del terror en París. Para el segundo, o la segunda, seguridad significa la capacidad de armarse contra la amenaza del crimen; o la existencia de una represión estatal activa de las amenazas terroristas. Hasta ahora, el desacuerdo es a nivel de contenido, y hay temas secundarios, secuenciales, que pueden discutirse a partir de los puntos en común, como el acceso a las armas, la vida en los barrios cerrados o la acción represiva del estado. Cómo lograr la “seguridad” podría aludir a contenidos diferentes, o incluso opuestos, en los argumentos de ambos sujetos, aunque comparten la creencia fundamental de que el crimen y el terror causan inseguridad. Este tipo de diferencias entre sujetos dividen, por ejemplo, a la izquierda y a la derecha a lo largo del espectro político democrático. En San Pablo, el primero podría defender el desarme y el segundo el derecho de los ciudadanos honrados a poseer armas. En París, el primero abogaría por medidas de seguridad antiterroristas activas,

pero sin vincular el terrorismo a ninguna cultura específica, mientras que el segundo apoyaría la vigilancia estatal activa y las leyes antiinmigrantes, dado que vincula la inmigración con el terrorismo. De esta manera, ya sea en democracia o en un régimen autoritario, las cosas pueden desarrollarse en ese nivel racional y administrativo. Uno dice blanco, otro dice negro, pero ambos reconocen al otro como un interlocutor razonable, aunque horrible, y entienden que el blanco y el negro son categorías de la misma naturaleza.

El problema fundamental aparece cuando en la conversación interviene un tercer sujeto, radicalmente diferente a los dos primeros. Este cree que el “mundo del crimen” es el que ofrece seguridad en San Pablo, o que en París el propio terrorismo representa la lucha misma por la seguridad, la justicia y la liberación. El tercer sujeto no comparte la creencia fundamental de que el crimen y el terror generan inseguridad. Este sujeto respalda al PCC –el Primeiro Comando da Capital [Primer Comando de la Capital],⁴ hoy en día la principal

⁴ El origen del PCC, también llamado Comando, Partido, Quinze, Família [Comando, Partido, Quince, Familia] o simplemente *o crimen* [el crimen] data de 1993, un año después de la Masacre de Carandiru (una antigua prisión enorme en el estado de San Pablo), en la cual la policía militar estadual mató a tiros a 111 reclusos amotinados. A raíz de este hecho, surgió un colectivo de presos para luchar contra la “opresión” en el ámbito carcelario, ya fuera perpetrada por los presos entre ellos o por lo que llamaron “El Sistema” (De Santis Feltran, 2018). Para luchar contra la ley del más fuerte que imperaba entre los prisioneros, los integrantes de este grupo, autodenominados “hermanos”, se impusieron como mediadores en los conflictos cotidianos e impusieron una nueva forma de impartir justicia dentro de las cárceles. Les declararon la guerra a todos aquellos que no siguieran los principios de Paz, Justicia y Libertad defendidos por el grupo. Por el contrario, ayudaron a los presos considerados leales, así como a sus familias, proporcionándoles diversos bienes y servicios a través de un sistema cooperativo financiado por las contribuciones recaudadas por los “hermanos”. Al mismo tiempo, se abrieron negociaciones con los principales funcionarios de las cárceles: el PCC se comprometió a no organizar más motines si mejoraban las condiciones de detención consideradas indignas. Tras haberse vuelto hegemónico en las cárceles, el PCC se extendió a la periferia de la ciudad a partir de 2001 (De Santis Feltran, 2020). Tras reivindicar un monopolio legítimo de la violencia en estos territorios, el grupo criminal reguló los diferentes mercados ilegales que había ahí, en particular la fijación el precio de las drogas (marihuana, cocaína, *crack*) para evitar la competencia entre las favelas y los enfrentamientos entre narcotraficantes. Ahora que controla el tráfico a gran escala de drogas, armas, autos robados, etc., el PCC está creciendo

banda criminal de Brasil (Feltran, 2018)– o al “terrorista”. Sus supuestos normativos cambian la naturaleza misma del conflicto respecto del significado de “seguridad”. Los hijos de Maiana eran este tipo de sujetos, y no estaban solos.

Para los habitantes de ciudades como San Pablo o Río de Janeiro que tienen una experiencia directa de la relación entre la policía y las facciones criminales, la ciudadanía, la democracia y el estado de derecho no son marcos plausibles de explicación. En cambio, cualquiera que estudie las políticas sociales no tendría problema en verlas como tales. El conflicto en estos territorios es situado y específico, más que genérico. El perfil homogéneo de las víctimas de homicidio en Brasil es indiscutible en este sentido: jóvenes operadores no calificados de negocios ilegales transnacionales que viven en favelas. La mayoría absoluta (94,6%) son hombres, el 72% son negros, el 71% muere por heridas de bala y el 53% tiene entre 15 y 29 años (Cerqueira et al., 2018), el perfil exacto de los hijos de Maiana. Durante mucho tiempo, nociones genéricas o normativas como república, democracia o ciudadanía no han logrado ofrecer un marco conceptual efectivo para el conflicto social plural y disyuntivo de Brasil. No pueden abarcar el mosaico del régimen de prácticas y órdenes urbanos plurales, coexistentes en el tiempo y el espacio, que son necesarios para explicar las normas, desviaciones y acciones en cada situación específica.

Niños que trabajan

Jonatas trabajó de media jornada en la empresa de reciclaje de mi tía, desde los doce hasta los catorce años. Comenzaba a trabajar a las

económicamente y expandiendo su influencia en los 27 estados federados de Brasil, así como en sus puertos, aeropuertos y fronteras. La represión policial también se intensifica y los encarcelamientos aumentan, lo que explica nuevas oleadas de violencia atribuidas al PCC y las consiguientes represalias policiales.

siete de la mañana y almorzaba en su casa al mediodía. A la una de la tarde iba a buscarlo. Lo llevaba allí y lo iba a buscar. Luego, a las tres de la tarde iba a la escuela, y salía a las siete y veinte de la noche. Una vez me dijo: “Mamá, si trabajara todo el día de siete de la mañana a cinco de la tarde, ganaría el doble”. Le respondí: “No puedes... debido a tu edad... [tendrías que] ir a la escuela nocturna. Y en la escuela no pueden saber que estás trabajando, porque van a querer hablar con nosotros, por la Ley”. Pero él insistió: “No, quiero trabajar todo el día”.

Entonces, hablé con la gente de la escuela aquí en el barrio, hablé con la directora y todo eso, ¿no? Se lo expliqué y le dije: “Mira, él quiere trabajar, ya está trabajando, pero quiere trabajar todo el día. Tendría que estudiar por la noche”. Ella dijo: “Pero no puedo inscribirlo en el turno de la noche a esta edad, ¡tiene doce años!” Yo le expliqué: “Pero lo traeré y lo buscaré, así puedo asegurarle que soy responsable de él. Vendré a buscarlo todos los días”. Entonces, ella lo aceptó, firmé un papel que decía que lo llevaría y lo traería, y eso fue lo que hice. Lo llevaba al trabajo y lo iba a buscar, lo llevaba a la escuela y lo iba a buscar.

Robson trabajó durante un mes en una lavandería cuando tenía once años. Pero gastó todo lo que ganó en golosinas del quiosco [risas]. Durante las vacaciones, estaba de vacaciones de la escuela, vio un anuncio de una lavandería, así que le preguntó al hombre, quien dijo que era demasiado pequeño, que no podía [trabajar allí]. Entonces, le pidió a su papá que fuera allí y hablara con el tipo. Así que su papá fue allí, habló, y el hombre lo contrató. Pero también tenía que llevarlo ahí e ir a buscarlo. Entonces, yo lo dejaba ahí y lo iba a buscar. Luego, el día de pago me dijo: “Ya no voy a ir más, el hombre me robó”. Y yo le dije: “Él no te robó nada. ¡Te lo gastaste todo en el almacén!”. Y Michel también trabajó un poco. (Entrevista a Maiana)

Surge un desajuste en la narración. Los valores familiares de Maiana, que consideran al trabajo como un código moral y como la base de la educación de sus hijos, estaban en conflicto con la Ley. El colegio conoce la legislación al respecto (Estatuto del Niño y del Adolescente de Brasil, 1990): un niño de doce años no puede trabajar, y mucho

menos en jornada escolar; la directora no lo puede permitir. El dueño de la lavandería también piensa que Robson es demasiado joven y que podría meterse en problemas. Sin embargo, el desajuste entre la ley y la moralidad es negociable. Los niños quieren una oportunidad laboral; los padres están dispuestos a hacerse cargo de su seguridad (el barrio es cada vez más violento). El contexto es de desempleo generalizado (a mediados de los noventa), entonces, ¿por qué no?

Maiana negocia con la escuela y el padre con la lavandería. Los niños comienzan a trabajar y, aunque sus ganancias sean escasas, adquieren mayor autonomía. Poco después de esto, Jonatas dejó de estudiar antes de haber completado el 7° grado de la escuela primaria. Robson también abandonó la escuela, casi al mismo tiempo. Michel incluso antes. Trabajaban todos. Los padres habían trabajado toda su vida y estudiaron poco.

Sin embargo, este es un punto de inflexión en la trayectoria de los niños, ya que genera una barrera en su acceso al mercado laboral formal –en un contexto de intensa reconversión productiva y apertura del país a las importaciones. El énfasis en el trabajo como forma de ganarse la vida no estuvo directamente asociado a un compromiso con la escolarización de los niños, que sostiene el proyecto de movilidad social a largo plazo. Los hijos de Maiana están destinados a desempeñar trabajos poco calificados, de baja remuneración y que les confieren menor estatus social dentro de sus grupos. Y como las puertas de los mercados emergentes están cerradas para los no escolarizados, también lo está la perspectiva de progreso a largo plazo para esos niños (Tilly, 1998). Al mismo tiempo, a medida que envejecen, la presión por tener un ingreso adecuado y convertirse en proveedores –una dimensión central en la construcción de la masculinidad– es mayor. Este es el caso de la mayoría de los jóvenes en las periferias de las grandes ciudades (Durham, 1973).⁵

⁵ En San Pablo, la expresión periferia se utiliza para referirse a barrios pobres, que se han expandido concéntricamente debido a la intensa migración rural-urbana entre 1940 y 1980, como resultado de un modelo de industrialización muy concentrado. Las

También es cierto que la modernización de la ciudad y la agenda de apertura comercial impulsada por el presidente Fernando Collor a principios de los noventa incrementaron significativamente la presión por el consumo. Atari se convierte en PlayStation; las máquinas de escribir dan paso a las computadoras y a los mundos virtuales en los que las personas pueden reinventarse. Los adolescentes y los jóvenes son los más afectados por esta aceleración, una transformación que es tan evidente en las periferias de la clase trabajadora como entre las clases medias; la posesión de bienes específicos (zapatos de moda, ropa de diseñador, el último teléfono celular, una motocicleta, etc.) está directamente relacionada con la construcción de la propia imagen respecto del grupo. La bomba de tiempo está lista. Pero Maiana no tiene forma de saberlo: “Hasta 1998 tuve una vida tranquila, era ama de casa, me ocupaba de mis responsabilidades, ¿sabes?”.

Crisis: un niño “cae en las drogas”

Si en teoría los ingresos del padre, complementados con los escasos ingresos de su esposa e hijos, deberían ser suficientes para garantizar el sustento de la familia, en la práctica el salario de un conductor de autobús en las afueras de San Pablo no cumplió con las expectativas de consumo de los tres adolescentes a principios del siglo XXI. A medida que crecían, los niños se acercaron rápidamente a la escena criminal local. Las historias de vida de Jonathan, Michel y Robson, por consiguiente, siguen un patrón: el crimen les ofreció lo que todos los adolescentes del vecindario deseaban más: dinero, consumo, estatus, adrenalina, mujeres.

Por mucho que les enseñes, cuando abres la puerta, ahí en la calle, hay muchos riesgos. Porque en el barrio hay mucha droga, muchas armas, ¿verdad? El crimen gestiona las cosas en el vecindario. El

áreas de viviendas informales autoconstruidas en esos barrios, que concentran a los más pobres entre los pobres, se conocen como favelas.

crimen domina aquí. Luego, en 1998, descubrí que mi hijo mayor [Jonatas, entonces de catorce años] estaba consumiendo drogas; le gustaba la marihuana. [...] Luego pasó a la cocaína, comenzó a pasar el rato en las favelas y yo comencé a desesperarme. Tenía mucho amor por él, ¿sabes? Superé mi miedo y fui a las favelas a buscarlo. Me dolía el corazón, pero fui tras él. (Entrevista a Maiana)

Las favelas figuran en la vida de los que trabajan en Sapopemba de una manera bastante paradójica. Actualmente hay casi cuarenta favelas en el distrito, y es difícil ignorarlas. Maiana nunca había estado en una cuando se mudó al barrio. Se vio obligada a descubrirlas de la manera más difícil. La amenaza que llegó a interferir en su vida cotidiana provino de la favela: era el lugar donde su hijo fue a consumir drogas. Pero a medida que avanzaba su narrativa, se hizo evidente que el crimen no estaba contenido dentro de los límites de las favelas. No fue únicamente de la parte más pobre del barrio de donde provino la amenaza; el narcotráfico también incluía a los “buenos hogares”:

El error de muchas madres aquí es pensar: “Ay, ese niño vive en una linda casita, [mi hijo] puede hacerse amigo de él”. Caí en esa trampa, ¿sabes? Entonces Jonatas hizo un amigo que no vivía en la favela, vivía en una calle que es la calle de los chicos de acá del barrio, ¿sabes? Solo tiene casas lindas, y todas son personas decentes, ¿verdad? Entonces entabló amistades allí, y ahí comenzó a meterse en la cocaína, con esos chicos.

Mi hijo aún no había ido a Febem [la Fundación Estadual para el Bienestar de los Menores, el sistema de detención juvenil del estado de San Pablo]. Ya estaba cometiendo ofensas, pero aún no había estado en Febem. Robaba o vendía su ropa nueva por dinero para la droga.

Una vez Jonatas terminó debiendo dinero... allá abajo, en la boca [guarida de drogas] allá abajo [en la favela do Madalena], y fui a hablar con el narcotraficante. Fui muy dura con él, le dije: “no me importa lo que hagas, cada uno tiene su forma de sobrevivir y ganar dinero.

Trabajo como manicurista; mi marido trabaja como conductor. Si te pago todo de una vez, nos vamos a la quiebra”. Y agregué: “Tendrás que dejarnos pagar en cuotas”. Pedí pagar en cuotas. Entonces dijo que podíamos arreglar en tres cuotas, igual que en Casas Bahía [una tienda minorista muy popular]. [...] Incluso pedí firmar un papel, y un testigo, para que después no pudieran decir que no había pagado y cobrarme de nuevo. Voy a dar tanto, durante tantos días, y quiero un testigo. [Quería] saber lo que estaba pagando”. (Entrevista a Maiana)

Emergen cuatro temas analíticos del relato de Maiana en este primer momento. Primero está la oposición entre la gente en las favelas y los “chicos del barrio”. Las favelas están más abajo en la escala social, mientras que los “chicos” viven en Jardim Planalto o Vila Industrial, y tienen un estatus superior en comparación con la familia de Maiana. La oposición en el testimonio de Maiana entre los residentes de las favelas y los “chicos” sugiere la posición social intermedia de su familia: Maiana y sus hijos ocupan un espacio social entre los hogares de las familias de clase trabajadora establecidas y las favelas. Miles de otras familias en el barrio se ven en esta posición: no tan estables como las empleadas en trabajos industriales o de servicio público, o que trabajan por cuenta propia con éxito, pero están mejor que los residentes de las favelas. Son familias trabajadoras o “luchadores” [*lutadores*], como les gusta que los llamen.

El segundo tema es la situación de Jonatas. El hijo mayor está entrando gradualmente en el “mundo del crimen”. Aun así, todavía no ha pasado por su primera experiencia de institucionalización, posiblemente el período de mayor disfrute de las ventajas relativas de ingresar a este nuevo universo. El tercer tema es el consumo de drogas que lleva a involucrarse con los traficantes. En cuarto lugar, vemos una relación directa entre el narcotráfico y las estrategias de gestión de la deuda que son típicas de las prácticas populares de consumo. Casas Bahia, una tienda minorista brasileña muy popular, aparece en el testimonio como una muestra de un hábito de consumo particular (en este caso, el abuso de drogas). Los narcotraficantes adoptan

estrategias comerciales que ya tienen éxito en el mercado de consumo de bajos ingresos, al flexibilizar sus operaciones y acumulación.

Al adentrarse en este universo y antes de ser atrapado por la policía, Jonatas amplió sus circuitos sociales. Pasaba el rato tanto en las favelas como con los chicos de los barrios “buenos”; aprendió los códigos del mundo del crimen y los valores de las personas de clase trabajadora. Nadie en la familia sabía de sus actividades ilícitas, por lo que era fácil moverse entre mundos. La primera crisis aparece, precisamente, cuando la familia descubre su participación: el joven que se suponía que era un trabajador estaba drogado.

La madre está desesperada, por supuesto. Considera alternativas, habla con amigos, busca soluciones a un problema inesperado. El padre castiga. Los hermanos entienden las decisiones de Jonatas, pero no se lo revelan a sus padres. La crisis familiar se agrava cuando Jonatas, ya consumidor de drogas, también empieza a venderlas y a deber dinero en las bocas. Es entonces cuando comienzan las amenazas contra su vida y las de su familia. Para saldar la deuda del joven y evitar lo peor, la familia pide dinero prestado. Pero para proteger a su familia y los parientes de toda la carga, Jonatas comienza a pasar más tiempo en las favelas y participa en actividades delictivas locales, convirtiéndose en mano de obra para los robos de autos.

Convivialidad marginal

La literatura sobre conflictos urbanos en San Pablo es, en su mayoría, sólida y relevante (Pires do Rio Caldeira, 2000; Holston, 2007). Pero implícita o explícitamente trata el marco normativo del estado, uno de los actores antagonísticos en este conflicto, a través de un conjunto de supuestos naturalizados: la democracia, la ciudadanía y la esfera pública se consideran como objetivos universales. Esta construcción invisibiliza las alternativas emergentes a este marco normativo que han surgido empíricamente en las periferias urbanas de San Pablo y otras ciudades en las últimas décadas. Quienes las

confrontan sostienen que se trata de un discurso o economía moral inverosímil (Cabanes, 2014) que “sabotea nuestro razonamiento”, como ha cantado el compositor brasileño Mano Brown y explicado Teresa Pires do Rio Caldeira (2006). Como etnógrafo, y años después de que fueran publicados estos trabajos seminales, puedo identificar más fácilmente el papel del tercer elemento ya mencionado que, pragmáticamente, aunque sin intención, modifica de manera disruptiva los límites plausibles del “mundo” y de aquellos individuos que pueden participar en él. Para comprender a esos “sujetos violentos” y sus inverosímiles acciones, que se suponía que no existían ni formaban parte de este mundo, debemos observar mucho más allá de los marcos centrados en categorías como las políticas de estado, la democracia y la ciudadanía.

El tercer elemento discutido anteriormente –no el que está más a la izquierda entre los activistas de derecha, sino el criminal que entiende el “mundo del crimen” como una arena política deseable– introduce una fractura epistemológica en la problemática del orden urbano y el estado moderno. Los dos primeros no consideran plausible la pretensión del tercero, por lo tanto no puede haber negociación entre ellos. De este modo, el universalismo enfrenta sus límites y es irrelevante para resolver políticamente esta situación aporética. Las consecuencias prácticas de esta fractura son muy significativas. Se invalida toda conversación en la llamada esfera pública, porque se destruye el terreno común que los tres sujetos habían ocupado o deberían ocupar (Arendt, 1951, 1959, 1977). Si estuvieran siempre distantes, no habría inconvenientes, pero las relaciones empíricas entre los tres elementos siguen existiendo, a pesar de la falta de comprensión mutua, en las ciudades cosmopolitas o en el mundo globalizado. Por muy altas que sean las paredes de los condominios cerrados, aún comparten la misma ciudad, estado, país o mundo.

El tercer elemento no continúa el debate ordenado entre actores constituidos que ocupan el mismo espacio normativo. Obliga a una ruptura de todo el conjunto de supuestos en el debate y, de esta manera, posibilita dos consecuencias. Por un lado, hay enfrentamientos

cada vez más brutales entre actores que se malinterpretan. Por otro lado, los dos primeros sujetos discutirán sus diferencias entre ellos, mientras que el tercer sujeto dejará de relacionarse con ellos y lo hará únicamente con sus pares. A medida que pasa el tiempo y la conversación se restringe a aquellos que comparten la misma base de comprensión, el régimen de pensamiento distinto e internamente coherente tiende a volverse autónomo.

La ruptura que produce tal disenso no solo provoca una salida radical de todos los sujetos de la esfera pública, sino también su llegada a otro lugar. Es probable que no entiendan que una banda criminal como el PCC no debe ser vista como un signo de la ausencia del estado, sino como la representación positiva del “crimen” entendido como un mundo en sí mismo, o al menos como el organismo autorizado para regular una comunidad. Esta salida [*exit-stage-left*] de la que habla Hirschman (1970), y que Arendt (1959, 1977) reconoce como la destrucción de la esfera pública moderna no es solo una cuestión de contrapúblicos que se mueven hacia una síntesis de presupuestos en conflicto (Fraser, 1992; Habermas, 1992), pero productivos en la práctica. Esta ruptura produce regímenes públicos [*regimes of publicness*] alternativos y coexistentes, sin posibilidad de integración, porque no puede haber una comunicación plausible entre ellos (Machado da Silva, 1993).

Fracturado el terreno común entre los tres sujetos, con dos de un lado y uno del otro, no solo asistimos a la retirada de un sujeto de la esfera pública, que no obstante continúa sin ellos. En casos de intensa conflictividad, también asistimos al surgimiento de otros regímenes normativos, que coexisten con el primero ya que las personas aún comparten espacios físicos comunes en la ciudad, sin que exista una comunicación racional y deliberativa entre ellos. La violencia sigue siendo su principal forma de relacionarse. Cuando ya no es posible lograr administrativamente una posible salida negociada del conflicto urbano, la ciudad de San Pablo, al igual que otras ciudades brasileñas y latinoamericanas (Arias y Goldstein, 2010; Arias y Barnes, 2017), entra en una espiral de acumulación de conflictos

urbanos en forma de violencia, entendida como el uso de la fuerza o amenaza que produce un efecto similar (Misse, 2006, 2018; Stepputat, 2013, 2015, 2018).

Los representantes de las clases media y alta de la ciudad quedan restringidos en un “espacio democrático”, el gobierno o la esfera pública realmente existente, y discuten entre ellos qué hacer con, o a pesar de, los delincuentes. Quien piense que los delincuentes no hacen lo mismo se está engañando. La afirmación del gobierno –“trabajamos por la seguridad de todos”– y la del tercer elemento –“el crimen es un medio de movilidad social”– no pueden escucharse juntas. El crimen amenaza la seguridad del país, y punto, dice el gobierno. El “crimen” es el único camino a la seguridad en las favelas, y punto, dicen los criminales del PCC. Es precisamente en este límite de lo aceptable, de lo verosímil, donde el terror de Michel Taussig –la violencia pura– se convierte en la relación fundamental entre las partes, separadas por una brecha infranqueable.

Ruptura: los chicos son arrestados, el bandido⁶ debe morir

Era 1998. Esa fue la época en la que él [Jonatas] fue por primera vez a Febem. Cometió un delito menor, lo atraparon, luego fue a la Febem en Imigrantes [en la región metropolitana de San Pablo], donde me horroricé de todo. Estuvo allí quince días, y desde allí conseguí que ingresara a un centro de rehabilitación [para drogodependientes].

Pero cuando se fue de Febem no nos explicaron sobre la libertad asistida, no explicaron nada [porque era su primera detención, Jonatas salió en libertad condicional, para ser acompañado por CEDECA, el Centro de Defensa de los Derechos de los Niños y Adolescentes, pero la familia no sabía cómo funcionaba esto, y Jonatas no se presentó a las reuniones requeridas]. ¿Entonces qué hice? Lo llevé, lo llevé a sesiones de acupuntura porque eso había funcionado para todos los

⁶ En portugués en el original, en todos los casos. [N. de la T.].

que lo habían hecho en el vecindario. Pero no para él. Le pusieron alfileres en las orejas y todo, pero no le hicieron nada. Entonces lo interné por primera vez [en una clínica privada para drogadictos]. Para entonces, ya tenía varias ausencias en el programa de libertad condicional.

Pasó algunos días [en la clínica], pero no soportaba estar lejos de las drogas, así que se escapó... Eso significó romper los términos de su libertad condicional. [Por su falta de participación en las actividades abiertas necesarias, CEDECA envió un informe de suspensión a Febem]. Yo le decía: "Mira, tienes que volver al centro de rehabilitación, tienes que intentarlo, si no lo intentas no vas a ver resultados... Solo te quedaste doce días ahí, por eso no has visto ningún resultado todavía, en la vida es todo un intento..."

Los trabajadores sociales pudieron encontrar otro centro de rehabilitación, costado por una ONG. Entonces lo pagaron, allá en São Lourenço da Serra, a kilómetros de distancia. Llevé al chico allí; se quedó otros doce días y se escapó. [...] Eso se convirtió en "búsqueda y captura" [al romper las medidas abiertas, Jonatas recibió una medida de hospitalización]. Lo atraparon, el equipo de rastreo vino a nuestra casa y lo llevaron a Febem. Por ese entonces yo estaba muy triste, porque él volvió a Imigrantes, ese lugar horrible, era una tortura, ¿sabes?

Y me quedé en ese estado, preocupada solo por él. Pero los otros dos [chicos] se estaban involucrando y no me di cuenta. Los otros dos, sus hermanos. [...] Los otros dos comenzaron a involucrarse y no me di cuenta porque solo miraba a uno. Me enfoqué solo en uno, hasta me había olvidado de que tenía otros hijos. Porque solo veía al que tenía delante, el que se drogaba, el que estaba involucrado, el que me necesitaba. Así que me olvidé de los otros. (Entrevista a Maiana)

A los catorce años, Jonatas estaba preso en Febem; al año siguiente se le unió Robson, su hermano menor; dos años después, Michel también ingresaría al sistema penal. En un momento, los tres hijos de Maiana estaban privados de su libertad simultáneamente. Su vida había dado un vuelco. Para Maiana era una pesadilla. Sus tres hijos,

de dieciséis, catorce y trece años, estaban todos involucrados en delitos. Jonatas seguía con su adicción a las drogas. Michel y Robson trabajaban para narcotraficantes y también realizaban atracos y robos de autos. La familia trabajadora no pudo adaptarse a la nueva situación. Además del impacto personal, el hogar tuvo que rediseñar todas sus rutinas, revisar el presupuesto y agregar la programación de las visitas, las negociaciones con diversas instituciones, las audiencias judiciales y los juicios. También se hizo necesaria la convivialidad con los actores criminales locales, que ahora estaban en las redes de los chicos, así como con las comisarías, procuradurías y varias instituciones judiciales y penales. Tuvieron que explicarle a toda la familia ampliada y a los amigos lo que estaba sucediendo. Algunos se acercaron; otros se distanciaron. Fue necesario rediseñar toda la red de sociabilidad familiar.

Las trayectorias de los chicos a partir de entonces son tan repetitivas que ya son conocidas (y, analíticamente, esperadas): salen de las instituciones para trabajar en el tráfico de drogas, se involucran aún más en el “mundo del crimen” y sus códigos; a medida que crecen, entran y salen del sistema penal, de las clínicas de rehabilitación para drogodependientes, de los servicios de salud y de la prisión real. La convivencia con la corrupción institucional y la violencia policial se convierte en rutina. A veces, los resultados de estos circuitos son fatales. Cuando estas historias tuvieron lugar, las consecuencias fatales eran mucho más comunes (Feltran, 2020).

Quando fue capturado en la operación de búsqueda y captura, estuvo detenido cuatro meses entre Febem Imigrantes y Febem Tatuapé. En una revuelta carcelaria masiva [*mega rebelião*] en 1999, que afectó a todas las unidades de Febem con varios días de disturbios, consiguió escapar. Así que al día siguiente subí desesperada a CEDECA, porque no sabía cómo afrontarlo. Hablé con Valdênia Paulino, una buena amiga suya que vivió la mayor parte de su vida en Sapopemba trabajando como abogada: “Valdênia, mi marido ahorró algo de dinero de su sueldo, voy a llevar a Jonatas de vuelta. Va a volver a Febem,

pero siempre que no vaya a la UAI [Unidad de Tratamiento Inicial] o a Imigrantes”.

Que vuelva a la unidad de la que se escapó, en [el barrio de] Tatuapé. Pero ella me dijo: “No, el problema de Jonatas no es Febem, el problema de Jonatas es la rehabilitación. Es su adicción a las drogas, y Febem no proporciona este tratamiento, no apoya con esto, él solo empeorará allí. Y cada vez que salga, volverá a Febem, porque estará peor de lo que estaba [cuando entró]”. Así que lo llevamos, y ella le consiguió un lugar en [la clínica] Cláudio Amâncio, en São Caetano, donde estuvo cinco meses. Entró en 1999, pero en marzo de 2000 se escapó, sintió el deseo. Después de cinco meses, ya había conseguido liberarse de la adicción a la cocaína. Entonces se escapó, hablé con él y le pedí que volviera, pero me dijo que ya no quería; que estaba cansado de estar lejos de casa, que quería quedarse en casa.

A los quince días se encontró con un policía en la calle. [Lo paró un policía que sabía que estaba implicado en delitos]. El policía le exigió dinero [para no detenerlo], pero él no tenía dinero. Fue a robar para el policía... Y fue a robarle, a robar a otro policía. [Ella se conmociona, se lleva las manos a la cara. Continúa segundos después, con la voz entrecortada]. El policía lo mató. Fue así... [llanto intenso].

Y con eso, con la violencia que también tenemos en el barrio, además perdí otro en 2003 [largo silencio, llanto].

Hoy solo me queda un hijo. [Recupera la voz]. Me hice más influyente en las reuniones de madres, también me involucré en Amar [la asociación de madres de Febem, la Asociación de Madres y Amigos de Adolescentes en Riesgo], me quedé allí en Amar del 99 al 2004 [llora de nuevo]. (Entrevista a Maiana)

Jonatas fue asesinado en 2001, a la edad de diecisiete años. Todos los testimonios al respecto, de amigos, familiares y educadores, confirmaron que el policía fue el responsable de su muerte, aunque dieron diferentes versiones sobre sus causas. No hubo una investigación formal y, por tanto, no hay un veredicto oficial sobre lo ocurrido, como en el 85% de los homicidios en Brasil. Tampoco la hubo para

Robson, el hermano menor, que fue asesinado en 2003. Robson también tenía diecisiete años cuando murió. Al parecer, el hijo menor de Maiana fue asesinado en lo que se denomina convencionalmente como un “ajuste de cuentas”. En el último año en que se produjo este tipo de homicidio en Sapopemba –a finales de 2003– la hegemonía del PCC que regulaba el orden de las favelas ya estaba consolidada en el barrio y no se toleraban ese tipo de actos (De Santis Feltran, 2011, 2020). En 2001, hubo tres veces más homicidios en Sapopemba que en 2006, y cuatro veces más que en 2009 (Feltran, 2010).

[El caso de] Robson fue por la violencia en el barrio. [...] Todo eso de meterse en peleas, ese tipo de cosas. [...] Robson, antes de morir, se hizo un tatuaje, puso el nombre de Jonatas, Michel y el mío en su brazo. [...] Luego, al día siguiente, sucedió. (Entrevista a Maiana)

Otro joven, que conocí en el barrio, también conocía a los hijos de Maiana y expresó su opinión acerca de sus muertes.

Lo sé, lo sé... uno de ellos no me gustaba mucho, pero no tenía mucho contacto con él, porque se juntaba con los locos que se metían en problemas. Creo que ella [Maiana] debía saberlo, su hijo también. No me gusta mucho, pero esos días lo saludé, hablé con él, bien. Pero su hijo estaba involucrado con algunos tipos malos que tampoco me gustaban. Murió porque... su hijo murió... No sé qué sabe ella de él, pero uno de ellos murió porque se lo merecía, creo. No lo sé. [Vacila]. No sé, uno de ellos era muy malo con la gente. Era malo con un muchacho que trabajaba en su zona, un tipo tranquilo, así que... [Pregunta: ¿era malo en qué sentido?] Golpear a la gente, dispararles... Hay personas que quieren ser ladrones, pero no están hechos para eso. Y terminan golpeando a los padres de familia, terminan insultando a la gente, terminan consumiendo drogas frente a una casa donde vive un niño enfermo. Lo único que no les gusta a los traficantes [*o tráfico*], no lo toleran, es que seas así. Solo porque es una chabola, ¿vas a consumir drogas allí? [...] Además, los que murieron les daban marihuana a los niños, fumaban, los hacían adictos, les daban un mal ejemplo, les

mostraban armas y eso, los llevaban a sus casas a vigilar y eso, les daban armas a los niños... marihuana, cocaína. (Entrevista a Pedro)

El contraste de tono y contenido entre el testimonio de la madre y el de alguien que compartía los códigos del crimen local, pero que tenía un grupo de amigos diferente al de Jonatas y Robson, es claro. La acusación es que los dos murieron porque no se comportaban correctamente. Ellos no comparten los mismos criterios para entender lo sucedido. Maiana busca continuamente atribuir los problemas de los niños a causas externas; Pedro se centra en su comportamiento inadecuado, que rompe con la ética del mundo del crimen con el que estaban involucrados. También hay, por supuesto, silencios en ambos casos. Maiana no quiere hablar más del tema, le duele demasiado. Cuando se le solicita, Pedro decide hablar un poco del caso, con titubeos, al final de una entrevista de dos horas en la que había logrado cierta confianza en los entrevistadores. Su referencia a la intolerancia del mundo del crimen hacia el comportamiento de Robson es una prueba directa de que su muerte fue una decisión, no una contingencia. Las muertes de este tipo están precedidas de advertencias y amenazas, cuyos efectos se evalúan antes de llevarlas a cabo. Robson ya había sido advertido, amenazado, estaba al tanto de su situación y que podía ser asesinado en cualquier momento. Lo más probable es que eso sucediera cuando se tatuó en el brazo los nombres de sus hermanos, su padre y su madre. Ritualizó su propia muerte a los diecisiete años. Fue ejecutado al día siguiente.

Recogió unas cuantas cartas, que se podían pegar, y las puso en el estante, como: “Te quiero mamá”, parecía algo... “Te quiero mamá”, “Te quiero papá”, “Te quiero Jonatas” ... mucho, “Te quiero Michel”, todos [los puso en el estante] junto a la televisión. Iba a quitarlo, pero pensé en dejarlo ahí. Y al día siguiente pasó. Así que fue como una despedida. (Entrevista a Maiana)

Una familia perdida

La tensión y el sufrimiento que precedieron y siguieron a la muerte de los hijos de Maiana destruyeron la dinámica familiar. Si uno de los fundamentos de la familia es, precisamente, circunscribir un espacio privado y protegido en el mundo social, en especial para los niños y los jóvenes, la corrosión de este espacio denota la caída del grupo. En el caso de Maiana, esto significó no solo el fracaso del proyecto de movilidad social, sino del propio sustento de la familia. El conflicto en la esfera social invadió y se apoderó de la esfera doméstica. Y no solo simbólicamente: la policía se encargó de confirmar esta situación. Tras la primera reclusión de Jonatas en Febem, y con el ingreso de Michel y Robson al mundo del crimen, la casa de Maiana se convirtió en el objetivo de numerosas operaciones policiales. Los métodos utilizados por los agentes de policía al tratar con las familias de los bandidos o delincuentes son conocidos por todos los que pasan por situaciones similares en las periferias. La secuencia de ejemplos es ilustrativa.

Pasa mucho, pasa mucho. Incluso tuve que conseguir dinero para pagarle a la policía, ya en 1998. R\$1.500... En esa época. [...] Fue así, Jonatas fue capturado, había estado una semana fuera de [el centro de detención juvenil] Imigrantes, él y otro pequeño que habían detenido con él. Así que ya no podían estar juntos... si los veían juntos, la policía los detenía. Pensaban que estaban cometiendo delitos, como los que cometían en aquella época. Entonces [la policía] los capturó a los dos, los llevó a la comisaría, una semana después de haber salido de Imigrantes. Yo dije: "¡No voy a volver a ese lugar!". Y fue lo peor que hice en mi vida. Entonces junté dinero prestado de mi hermano, de mi marido, de mi abuela, estuve juntando, ¿sabes? Así que me llevó una eternidad pagar a todos. R\$1.500, en 1998, en octubre, no puedo olvidarlo. Para que los investigadores de la 70ª [comisaría], liberaran a mi hijo. La [otra] madre dio R\$1.500 y yo R\$1.500, en aquella época. Eso pasa mucho aquí.

La policía entró en mi casa, yo estaba en Amar [Asociación de Madres] trabajando, en ese momento. Entró en mi casa, mi hijo me llamó desde su propio móvil pidiéndome R\$2.000. Entonces le respondí: “¿Pero por qué me pides R\$2.000?”. Y el me susurró: “Mamá, la policía está aquí en casa, y han dicho que si no les doy R\$2.000 antes de las siete de la tarde, me van a acusar. Me van a arruinar la vida, ya soy mayor de edad, mamá”. Le dije: “Está bien, arregla con ellos para las siete de la tarde, les llevaré R\$2.000 a estos desvergonzados, sinvergüenzas”. Entonces, hizo el arreglo. Luego se lo dije a la muchacha [la gerenta de Amar], y me dijo: “¿Llamamos a Globo [una cadena de televisión]? Globo nos dará el dinero, si lo pedimos, es para Amar”, como para filmar, ¿sabes? Luego se lo devolverán, porque los van a capturar, así que recuperarán el dinero, no perderán nada”. Entonces ella dijo: “¡Llamemos a Globo, pondremos una trampa y los atraparemos a todos!”. Yo dije: “Suena bien”. Entonces llamé a mi padre, escucha el lío en el que me metí: Dije: “Papá, mantén a Michel allí, porque esta noche a las siete viene la policía, y Globo también, con el dinero, me van a dar el dinero, se lo voy a dar a Michel, y lo van a filmar”. Mi padre dijo: “Por el amor de Dios, no puedes hacer algo así, no tendrás dónde ir [después]. ¿Dónde vas a poner al niño, dónde vas a esconder al niño?”. Y al final no lo hicimos, ¿sabes? No me dieron ninguna garantía. No pagué, no les di el dinero. Él desapareció, se fue a la casa [de un amigo] durante unos días, desapareció del barrio. No pagué. El patrullero de servicio pasaba por mi cuadra todos los días, a tal punto que los vecinos estaban hartos... decían: “Maiana, si no haces algo vamos a iniciar una petición contra esta gente”. Solo sé que esta conversación que tuvo lugar en mi casa llegó al batallón, al 19° batallón, [y se enteraron] de lo que estaba pasando. El batallón, que era temporario, desde mi casa, ¿sabes? Él se alejó, se fue a otra parte, y esos policías fueron trasladados a otro lugar.

Mi hijo aún no tiene licencia de conducir. A principios de año, conducía el coche de su padre. Entonces, los mismos policías que le habían pedido los R\$2.000 lo pararon. Se aprovecharon porque no tenía licencia, lo detuvieron, lo llevaron a la comisaría y querían detenerlo. Por la licencia de conducir. Chico, pero hice tanto escándalo en la comisaría... Les dije: “Si quieren trabajar, tienen que arremangarse y

arrestar a quien mató a mi hijo, a quien mató a mi hijo el año pasado. No hicieron nada, estaba delante de sus narices. ¿Ahora quieren detenerlo por una licencia de conducir? No señor, [no] van a arrestarlo...”. Mira, casi juro. “Pueden detener a quien quieran, pero no a mi hijo”.

La Rota [unidad especial de la policía militar] entró una vez en mi casa, mis hijos estaban en la Febem. Entraron en mi casa, buscando a mis hijos. Hubo un robo en la calle realizado por otros chicos, así que entraron en mi casa [sospechaban que había sido uno de sus hijos]. Eso fue en 2001. Mi marido estaba tumbado en el sofá, trabajaba doce horas al día, casi matan a mi marido a golpes, porque estaba oscuro. Le pegaron mucho, le rompieron dos dientes. [Pregunta: ¿Tiraron la puerta abajo?]. No, yo estaba sentada en el salón, volvía de visitarlos [a los niños] en [la unidad Febem] Franco da Rocha, y estaba sentada allí, le dije [a su marido]: “Jesús, la calle está llena de policías, hubo un robo”. Entonces él dijo: “Ah, el problema es quién lo hizo, ¿no?”. Así que allí estábamos. Entonces vi a la policía pasar por la ventana del salón, dije, ay, ¿el ladrón se escapó por aquí? Deja que vaya a la cocina. Cuando llegué, ya estaban en la cocina. Les dije, ¿qué está pasando? Uno de ellos dijo: “¿Dónde está tu hijo?”. Le dije, “¿cuál?”. Dijo, “Robson”. Dije, “Robson está en Febem”. “¿En Febem? ¿Desde cuándo?”. Respondí, “cuatro meses”, pero era estúpido decirle cuál Febem, ¿no? Me preguntó cuál, pero le dije otro. Preguntó: “¿Y Michel?”. Le dije: “Él también está en Febem”. Dijo: “¿Y el otro?”. [Energicamente] “¿En el cementerio de Camilópolis, vayan a ver!” Yo estaba nerviosa. Preguntaron: “¿Quién está aquí en casa?”. Les dije: “Mi marido, durmiendo. Hoy es su día libre”. Entonces uno de ellos le dijo a mi marido que se levantara. Pero en el momento en que le dijeron que se levantara, lo empujaron del sofá. Y mi esposo, pobrecito, dormido, ni siquiera vio quién era. Y maldijo. Luego, las patadas volaban por todas partes. Si no fuera porque los vecinos corrieron por la calle hasta mi puerta gritando que era un trabajador, habrían matado a mi marido en mi casa. Y mi marido, con miedo a denunciarlos, fue a ver a Renato Simões [representante estadual], que quería hacer la denuncia. [Pregunta: ¿y por qué no la hicieron?] Por miedo. Porque aquí no hay donde huir de la policía. (Entrevista a Maiana)

La presencia de la policía, la corrupción policial y los “ajustes de cuentas” entre el mundo del crimen y las fuerzas del orden forman parte de la vida cotidiana no solo de los chicos, sino de toda la familia. Familias como la de Maiana aprenden a sobrellevar esta rutina. Por cada situación que viven, hay un acuerdo que hacer, una negociación que llevar a cabo, un precio que pagar. Por lo general, se puede pagar por alternativas al encarcelamiento, las palizas y las represalias. Pero estos acuerdos siempre son inestables, y cualquier desviación puede provocar violencia. Las familias conocen el repertorio de acciones policiales, y con la experiencia adquirida aprenden a lidiar con eso. La primera vez que fue extorsionada, Maiana pagó la cantidad acordada. La segunda vez no lo hizo, y recién a último momento decidió no llamar a la prensa para denunciar el caso ante las autoridades. Curiosamente, a falta de otras opciones, el papel de “vigilar a la policía” recae en los medios de comunicación masiva. Era necesario dar a conocer la ilegalidad de la acción, en el ámbito público seguramente se interpretaría en otros términos –ahí, la gente sigue teniendo derechos. Pero es claro que el intento no funciona, ni siquiera en un caso aislado. En la realidad cotidiana de esta relación, no hay vías claras de acción para dar a conocer estos problemas –en casos como estos, ni siquiera hay confianza en el poder judicial.

Aun sin la prensa, hay represalias. Los mismos policías militares patrullan por las inmediaciones de la casa durante semanas y finalmente detienen a Michel. Maiana tiene que negociar en la comisaría con la policía judicial. Su argumento es moral, enunciado en un discurso apasionado. Parece resolver la situación. Pero solo por unos días: surge un nuevo episodio cuando hay un robo en el barrio y sus hijos, naturalmente, son considerados sospechosos; ya han cometido varios robos, los policías los conocen. Allanan la casa de la familia. Los chicos habrían sido arrestados, si no hubieran estado ya detenidos. La madre intenta discutir con los agentes y se irrita. El marido es golpeado hasta el punto de perder dos dientes, y si los vecinos no hubieran acudido a la puerta, para gritar que es un trabajador, podría haber sido peor. El comportamiento de la policía en la casa de los

bandidos es así. La familia, con su historial de identificación como trabajadores, fue humillada delante de los vecinos.

En las historias de vida de los hijos de Maiana, queda claro que el foco de la represión policial no está en el acto delictivo, sino en el individuo que lo comete (Cruz y Feltran, en prensa). Si el individuo es un bandido, el sujeto encarna el acto ilegal en su propio ser: su cuerpo exhibe la ilegalidad y se convierte en alguien más allá de la ley. Esta designación no admite contraargumentos. Y como la ilegalidad asume un estado absoluto en el cuerpo del individuo, los ojos de las fuerzas del orden también se ven atraídos hacia cuerpos similares: hermanos, amigos, familiares, los que tienen el mismo color, los que se visten de la misma manera (Misse, 2018). En este caso, la violencia policial se dirige sistemáticamente a toda la familia de Maiana, porque, a partir del primer delito de uno de los hijos, reconocido públicamente en la primera reclusión, y agravado por su reincidencia y la de sus hermanos, todos pierden el acceso a la ley: a partir de ahora son bandidos. Y los bandidos deben morir.

Notas finales

Maiana vivió tranquilamente como ama de casa y madre hasta los 34 años, por lo tanto, no tuvo que preocuparse de la política ni de la policía. Sumida en su posición social, “cumplía con sus obligaciones”, como dice ella, y tenía un sentido del lugar que ocupaba en la estructura social. Hay un lugar para los trabajadores pobres en los contextos cotidianos de convivialidad. Sin embargo, cuando sus hijos “optaron por la vida delictiva”, sufrió violencia física, su casa fue invadida (tanto por el mundo del crimen como por la policía) y su familia perdió ese estatus. La estigmatización social, la represión y la corrupción policial serán más intensos a medida que los chicos se nieguen a (o no puedan) elegir vivir como trabajadores. Si no hay suficientes trabajos deseables para los jóvenes de la periferia, y si son inquietos y no se interesan por lo que la vida les depara, no pueden

encontrar su lugar en el orden social vigente. Y el estado solo puede gestionar el conflicto (violento) que surge de la existencia de esta población, es decir, vigilar de cerca al segmento más tranquilo y reprimir o confinar al más agresivo –y como último recurso podría ser necesario eliminarlo. Los tres hijos de Maiana se sufrieron a una estricta vigilancia por parte del estado y, tras una serie de reclusiones, dos de ellos fueron asesinados, sin ninguna consecuencia legal.

A primera vista, en el flujo de la vida cotidiana y la convivialidad pragmática, la reproducción de la diferencia –incluso entre madre e hijo– puede no ser evidente, excepto en lo que concierne a su dimensión sensorial: la política de la composición de los marcadores sociales de la diferencia se refleja a través de un conjunto de signos y límites coherentes para cualquiera que comparta sus significados, que sirven efectivamente como una estética de la diferencia. El marco de la convivialidad puede dar cuenta de la reproducción de las diferencias cotidianas. Maiana no se percataba de lo que ocurría con sus hijos, porque no compartía los significados que ellos les expresaban a sus pares con sus acciones.

Hay entonces, en la base de la política, una “estética” que no tiene nada que ver con esta “estetización de la política” propia de la “era de las masas” de la cual habla Benjamin. Esta estética no debe ser comprendida en el sentido de una captación perversa de la política por una voluntad arte, por el pensamiento del pueblo como obra de arte. Si nos apegamos a la analogía, podemos entenderla en un sentido kantiano –eventualmente revisitado por Foucault– como el sistema de formas a priori que determinan lo que se da a sentir. (Rancière, 1995, p. 21)⁷

⁷ La estética y la política también son consideradas aquí según los términos del concepto propuesto por Jacques Rancière: “Ahora bien, estas se revelan de entrada comprometidas con un cierto régimen de la política, un régimen de indeterminación de identidades, de deslegitimación de las posiciones de las palabras, de desregulación de los repartos del espacio y del tiempo. Este régimen estético de lo político es propiamente el de la democracia, el régimen de la asamblea de los artesanos, de las leyes escritas intangibles y de la institución teatral”. (1995, p. 18)

Este sentido de las formas a priori, que se abren para dar paso a la interposición de los más diversos contenidos –la sexualidad y la locura, por ejemplo– que Jacques Rancière identifica en el dispositivo [*apparatus*] de Michel Foucault ([1976] 1997), en un estrecho diálogo con la sociología formal propuesta por Georg Simmel ([1918] 2010):

La posición del hombre en el mundo está determinada por el hecho de que dentro de toda dimensión de su ser y de su comportamiento se encuentra permanentemente entre dos límites. Esto se patentiza como la estructura formal de nuestra existencia, que en sus diversos sectores, actividades y destinos se realiza cada vez con contenido siempre distinto. Vivenciamos que la sustancia y el valor de la vida y de cada hora se encuentran entre lo más elevado y lo más mundano; todo pensamiento entre lo juicioso y lo disparatado, toda posesión entre lo más extenso y lo más limitado, todo acto entre una gran y una reducida medida de significado, suficiencia y moralidad. Nos orientamos de forma permanente; cuando no lo hacemos con conceptos abstractos, nos servimos de referencias lingüísticas tales como “encima-de-nosotros” y “debajo-de-nosotros”, “derecha” e “izquierda”, “más” o “menos”, “lo firme” y “lo laxo”, “lo mejor” y “lo peor”. Los límites de arriba y abajo son nuestros medios para orientarnos en el espacio infinito de nuestro mundo. Del hecho de que dispongamos de límites siempre y por doquier, puede deducirse que somos también límites.

De este modo, todo contenido vital –sentimiento, experiencia, trabajo, pensamiento– posee una intensidad y un matiz determinados, una cierta cantidad y ubicación en el orden de las cosas, de modo que cada contenido prosigue un *continuum* en dos direcciones, hacia sus dos polos. Todo contenido participa, de hecho, en dos *continua* que coinciden en él, y que él enlaza. (p. 1)

Los regímenes categóricos son difíciles de estudiar y particularmente arduos de comparar, porque los significados expresados se refieren invariablemente a series situadas de interacción que, por lo tanto, son siempre distintas entre sí. Los sistemas categóricos utilizados por cada grupo también les pertenecen durante un periodo

de tiempo variable. Los católicos que ritualizan sus creencias semanalmente tienden a seguir siendo católicos durante más tiempo que los católicos que nunca participan en esos rituales. Las categorías también pueden servir como elementos causales o consecuencias de una serie de acciones. A la luz de esta reflexión, creo que es posible afirmar que las categorías utilizadas en situaciones de convivencia siempre constituyen simultáneamente:

- a) Una posición situada en un intervalo de valores naturalizados por la rutina convivencial como régimen de verosimilitud para la vida social, que por lo tanto sirve de posición clasificada en este régimen, según los parámetros de valoración sustentados en un ideal situado para un grupo dado en un tiempo y espacio determinados. En nuestras vidas evaluamos y valoramos todas las situaciones en las que nos encontramos, en acciones tan diversas como las maniobras de otros conductores y los dibujos de nuestros hijos, con la forma de decir las cosas y los posteos de Instagram como base de los parámetros ideales en cada situación (“no se puede esperar nada mejor de un niño de 5 años”), en cada época (“quién se hubiera imaginado hace 30 años que sería posible calificar una llamada de Skype como “acotada”), y en cada estética específica de nuestras experiencias situadas (las fotografías de los aficionados se valoran de un modo diferente que las que sacan los profesionales). Expresamos, tanto como contenemos, estos juicios basándonos en categorías o silencios categóricos. En este sentido, el problema de las categorías –y de los silencios categóricos– es el de los juicios de valor (Simmel, [1908] 2009).
- b) Un intervalo entre muchos otros que, potencialmente, podría aplicarse y un intervalo que es elegido socialmente por un grupo determinado como el adecuado para evaluar una situación dada, en su construcción histórica y según la agencia de sus sujetos; uno que, entre un número infinito de otros intervalos o escalas pasivas, está ofreciendo en potencia parámetros

pragmáticos para la acción o *performance* cotidiana, desde la más íntima hasta la más pública. Se puede optar por situar la raza en el centro de la evaluación de la identidad de Maiana. Ella no lo hace muy a menudo. Los sujetos suelen utilizar criterios totalmente distintos (intervalos categóricos diferentes, series de significados diferentes) para evaluar la misma situación, identidad, etnia, raza o persona. Por ejemplo, el amor LGTBIQ+ puede leerse como parte de la escala categórica del amor carnal o del amor romántico, o del pecado cristiano, o de los derechos de los ciudadanos, según el grupo y la situación de que se trate. La categorización implica, por consiguiente, una elección en una escala de valores, una elección que se hace al mismo tiempo que se emite su juicio de valor, al elegir la escala misma que se va a utilizar, lo que sin embargo constituye una elección formal y no de contenido. Una elección del intervalo de contenidos, por tanto, que pertenece a la clasificación que se va a emplear de acuerdo con cada situación.

Michel sobrevivió. No quiso hablarme de su historia hasta hoy. Fue detenido días después. Ya era su segunda vez en el sistema penitenciario de adultos, donde permaneció hasta 2008. Desde los trece años, alternó breves periodos de libertad con otros más prolongados de reclusión en unidades de tratamiento, en la Febem y, más recientemente, en el sistema penitenciario. En 2009, me reuní con él por última vez, en su casa. Cuando salió de la cárcel, seguía orbitando cerca de las redes delictivas. Parecía haberse distanciado, en ese momento, pero hasta hoy –2020– va y viene de la cárcel.

En cualquier caso, es la sobrecarga de la distinción entre trabajador y bandido, categorías que se representan como naturales, lo que gobierna la existencia social de la familia de Maiana. Si el mundo es el espacio entre las personas, en determinado momento emergen dos mundos distintos, uno frente al otro. La muerte de sus hijos revela el límite, porque representa una pérdida para una sola parte de los residentes del barrio y de la ciudad. Cuanto mayores sean los lazos que

acompañan a la víctima, mayor será la pérdida para el mundo. Por esta razón, cuando muere un “padre de familia” en las periferias hay protestas e indignación. Cuando un bandido muere, y especialmente cuando el propio mundo del crimen ha decretado que ya no debe vivir, hay un profundo silencio en la comunidad. Íntimamente, muchos creen que él sabía lo que se avecinaba, muchos ya le habían advertido que no podría escapar del camino que había elegido. Y como ya había decidido vivir fuera del mundo legítimo, no hay pérdida para la “sociedad”. Dos mundos que coexisten en un mismo territorio. Relegada al mundo del bandido, la familia de Maiana llegó a enfrentar situaciones en las que, en ese momento, parecía no haber ley.

La violencia como límite

Casi 60 mil personas fueron asesinadas en Brasil en 2019. La gran mayoría de ellos eran jóvenes negros de favelas, trabajadores de bajos salarios en los enormes mercados transnacionales con sede en las grandes ciudades, como el tráfico de drogas y el robo de automóviles (Beckert y Dewey, 2017; Mendes de Paiva, Feltran y De Oliveira Carlos, 2019). América Latina es, lejos, la región más violenta del mundo. Las cárceles se siguen llenando, los vehículos blindados se multiplican y, sin embargo, las tasas de robos a mano armada siguen creciendo. Y no solo en San Pablo, con diferentes niveles de intensidad estas dinámicas contemporáneas surgieron en muchos países latinoamericanos, junto con otras situaciones de guerra y conflicto radical. Los supuestos ya no se negocian, y se produce una fractura entre los distintos conjuntos autocontenidos de regímenes de acción y comprensión irreconciliables sobre lo que constituye el bien común, sobre qué es el mundo y cómo debería ser.

Estos entornos autocontenidos, entendidos como estructuras formales de pensamiento y acción, repletos situacionalmente de contenidos diferentes (Simmel, [1908] 2009), son lo que he denominado regímenes normativos (Feltran, 2013, 2010). La acción empírica

y las formas sociales son otra cosa y vienen después. Los regímenes normativos funcionan como un conjunto plausible de orientaciones para la acción empírica de los sujetos. Esto hace que tales acciones sean convenientes, es decir, formalmente esperadas por los pares (Thevenot, 1990). Del otro lado de la fractura, la acción que es conveniente para los pares será incomprensible, porque es inverosímil. De ese lado, ni siquiera se cree que existan tales sujetos, y mucho menos que puedan hablar de manera significativa (Cavell, 2006). Esta fractura política fundamental ha existido en San Pablo desde que, con raras excepciones, se frustró la promesa de la integración del trabajador migrante a la ciudad moderna. La fractura se hizo más profunda, por lo tanto, a medida que disminuyó el trabajo asalariado urbano y las esperanzas de integración social, junto a la provisión integral de servicios públicos que lo permitirían, se alejaron cada vez más del horizonte (Machado da Silva, 2016; Misse, 2006). Con el tiempo, los límites de lo plausible, a cada lado de la fractura, se concretaron. Un ladrón es un ladrón. Un trabajador es un trabajador. El crimen es el crimen, la ley es la ley.

Esta fractura plantea problemas para los analistas, aunque no tan graves como para aquellos que se encuentran cerca de los bordes de la división. Para describir la ciudad con precisión es necesario desplazarse a través de diferentes límites categóricos, lo cual no es una tarea fácil. Pero pensar en el problema normativo (de cómo debería ser la ciudad) significa abordar las profundas incomprensiones mutuas y el riesgo de violencia. En San Pablo, para los periodistas, los abogados, los doctores, las clases medias e, incluso, para muchos trabajadores de las periferias, seguridad significa mantener una distancia prudente de los ladrones, los bandidos y el PCC en condominios cerrados. En estos días, los riesgos de las formas violentas de interacción son muy plausibles cuando la necesidad de tal distancia no se toma en serio. Mientras tanto, en las favelas son precisamente los ladrones y los bandidos quienes, durante al menos tres décadas, parecen haber ofrecido seguridad. “Ladrón” es, por lo tanto, una palabra ofensiva dentro del régimen de acción del estado, pero una

celebración de la inteligencia y la perspicacia dentro del régimen criminal; tiene contenidos esenciales, cerrados y definidos en cada uno de estos entornos. Sin embargo, formal o analíticamente, la palabra se convierte en una noción polisémica, dotada de diversos significados, capaz de colmarse de diferentes contenidos.

Estos dilemas teóricos y prácticos no son nuevos, Georg Simmel lidiaba con ellos en 1900. Los problemas exclusivos de San Pablo tampoco lo son. Durante décadas, las ciudades modernas consideraron al republicanismo y al multiculturalismo como alternativas exitosas a estos conflictos brutales. En la actualidad, se las considera sin duda como soluciones insuficientes, aunque quizás nunca encontremos nada mejor. Los países del “Sur Global”, a los que la modernidad nunca les concedió democracias o estados de bienestar consolidados, y los sujetos que ni siquiera han sido parte de la comunidad de los “estados naciones” ricos del norte (los indígenas, los negros y los residentes de las favelas de San Pablo son solo algunos ejemplos) enfrentan el mismo problema teórico-político de comprender qué orden les permite existir, en un escenario de profunda incompreensión sobre quiénes son en los diferentes lados de la fractura estructural. La etnografía –o el etnógrafo– tiene un papel que desempeñar en este drama, ya que debe comprometerse a evitar el etnocentrismo, es decir, evitar que la fractura estructural se convierta en una epistemológica.

Después de muchos años de estudiar el desarrollo de las historias de vida, mi etnografía se centró en los efectos de los regímenes normativos sociales y políticos coexistentes, más allá del orden estatal, en el Sur Global. La violencia aparece en la convivialidad marginal no como una representación, sino como la violencia pragmática que experimentó la familia de Maiana. Su reconversión a una noción sociológica abstracta sitúa la violencia como elemento constitutivo de los órdenes políticos coexistentes o híbridos (Machado da Silva, 1993; Arias y Goldstein, 2010), de un horizonte emergente de gobernabilidad [*governscape*] (Stepputat, 2013) o de un conjunto de regímenes normativos (Feltran, 2020).

Debido a que estos regímenes funcionan con diferentes conjuntos de supuestos, y no son necesariamente compatibles, los conflictos entre ellos a menudo resultan en violencia. La ausencia de un espacio común –el espacio público republicano o, incluso, el espacio contrapúblico provisional– hace que en muchas situaciones no haya negociación posible. La reproducción cotidiana de la vida social –o la convivialidad pragmática– se presenta como una fuente de (re) producción de la violencia. Esos órdenes plurales, y especialmente el “mundo del crimen”, que antes de este trabajo eran desconocidos para mí, que operan en San Pablo –y en toda América Latina– reproducen la marginalidad y la violencia no a través de eventos espectaculares o institucionales, sino mediante la convivencia cotidiana.

No era la burocracia, o las leyes, lo que estaba en el centro de esta capacidad de regulación del horizonte emergente de gobernabilidad [*governscape*], sino la presencia cotidiana de una violencia no estatal plausible y reconocible. Mientras escribía y leía mis notas de campo, e intentaba lograr una mayor comprensión de los escenarios que experimenté en el campo, hice un retorno teórico a las situaciones cotidianas vividas, y especialmente conflictivas, más que a los discursos o representaciones. La convivialidad marginal con frecuencia es conflictiva porque los órdenes incompatibles, pero coexistentes, enmarcan las situaciones cotidianas. La noción pragmática de convivialidad de Costa (2019) coincide directamente con los enfoques clásicos weberianos y simmelianos sobre la acción social que solía aplicar. La violencia y la reproducción de las desigualdades ya estaban allí, en situaciones de convivencia, limitando el flujo cotidiano de la vida marginal mucho más allá de la legitimidad del estado (Feltran, 2018, 2017, 2020).

Para la mayoría de los etnógrafos, la vida cotidiana y las pequeñas interacciones son las fuentes del razonamiento. Dos dinámicas sociales que pasé por alto al comienzo de mi trabajo de campo se realizaron simultáneamente durante mi investigación: la de la creación pragmática del orden urbano plural y, además, la creación de nuestras categorías para entenderlo. Lo que al principio parecía un

caos, se hizo más inteligible cuando lo reinterpreté a través de estos dos movimientos. El trabajo de campo es, ineludiblemente, la reproducción de realidades de convivencia desiguales, y a veces violentas. Estaba estudiando la violencia, mientras que la experiencia directa de Maiana con ella tocaba su corazón, carne y huesos. Pero razonar a partir del trabajo de campo vivido también nos emancipa ineludiblemente de los límites de la convivialidad y la comprensión habituales que se dan por sentadas. Mi corazón, carne y huesos no fueron tocados de la misma manera, pero el mundo de Maiana ha sido parte del mío durante años, y viceversa. Los límites de los regímenes normativos son también espacios de convivencia.

Bibliografía

Abrams, Philip (2006). Notes on the Difficulty of Studying the States, pp. 58-89. En Akhil Shama y Ardhana Grupta (Eds.), *The Anthropology of the States: A Reader*. Oxford: Blackwell.

Arendt, Hannah (1951). The Decline of the Nation-State and the End of the Rights of Man, pp. 267-302. En Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*. Nueva York: Schocken Books.

Arendt, Hannah (1959). *The Human Condition: A Study of Central Dilemmas Facing Modern Man*. Nueva York: Doubleday Anchor Book.

Arendt, Hannah (1977). *On Revolution*. Nueva York: Penguin.

Arias, Enrique Desmond y Barnes, Nicholas (2017). Crime and Plural Orders in Rio de Janeiro, Brazil. *Current Sociology*, 65(3), 448-465.

Barboza Machado, Carly (2017). The Church Helps the UPP, the UPP Helps the Church: Pacification Apparatus, Religions and Boundary Formation in Rio de Janeiro's Urban Peripheries. *Vibrant*, 14, pp. 75-90.

Beckert, Jens y Dewey, Matias (Eds.) (2017). *The Architecture of Illegal Markets: Towards an Economic Sociology of Illegality in the Economy*. Oxford: Oxford University Press.

Boltanski, Luc y Thevenot, Laurent (1991). *De la justification: Les économies de la grandeur*. París: Gallimard.

Cabanes, Robert (2014). *Économie morale des quartiers populaires de São Paulo*. París: Hamattan.

Cavell, Stanley (2006). Foreword, pp. ix-xiv. En Veena Das (Ed.), *Life and Word: Violence and the Descent into the Ordinary*. Berkeley: California University Press.

Cerqueira, Daniel et al. (2018). *Atlas da Violência 2018*. Rio de Janeiro: IPEA/FBSP.

Costa, Sérgio (2019). The Neglected Nexus between Conviviality and Inequality. San Pablo: Maria Sibylla Merian International Centre for Advanced Studies in the Humanities and Social Sciences Conviviality-Inequality in Latin America. [*Mecila Working Paper Series N° 17*].

Darke, Sacha (2018). *Conviviality and Survival: Co-Producing Brazilian Prison Order*. Houndmills: Palgrave Macmillan.

Das, Veena (2006). *Life and Words: Violence and the Descent into the Ordinary*. Berkeley: University of California Press.

Das, Veena y Poole, Deborah (Eds.) (2004). *Anthropology in the Margins of the State*. Nueva Delhi: Oxford University Press.

Denyer Willis, Graham (2015). *The Killing Consensus: Police, Organized Crime, and the Regulation of Life and Death in Urban Brazil*. Berkeley: University of California Press.

Durham, Eunice Ribeiro (1973). *A caminho da cidade*. San Pablo: Perspectiva.

Feltran, Gabriel (2010). Crime e castigo na cidade: os repertórios da justiça e a questão do homicídio nas periferias de São Paulo. *Caderno CRH*, 23(2), 59-73.

— (2011). *Fronteira de tensão: política e violência nas periferias de São Paulo*. San Pablo: Editora Unesp/CEM.

— (2012). Governo que produz crime, crime que produz governo: o dispositivo de gestão do homicídio em São Paulo (1992-2012). *Revista Brasileira de Segurança Pública*, 6(2), 232-255.

— (2013). Sobre anjos e irmãos: cinquenta anos da expressão política do “crime” numa tradição musical das periferias. *Revista Do Instituto de Estudos Brasileiros*, 1, pp. 43-72.

— (2017). A categoria como intervalo: a diferença como essência e construção. *Cadernos Pagu*, 51. <https://www.scielo.br/pdf/cpa/n51/1809-4449-cpa-18094449201700510005.pdf>

— (2018). *Irmãos: uma história do PCC*. San Pablo: Companhia das Letras.

— (2020). *The Entangled City: Crime as Urban Fabric in São Paulo*. Manchester: Manchester University Press.

Foucault, Michel (1997 [1976]). *Il faut défendre la société, Cours au Collège de France*. Paris: Hautes Études, EHESS / Gallimard / Seuil.

Fraser, Nancy (1992). Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of the Actually Existing Democracy, pp.

109-142. En Craig Calhoun (Ed.), *Habermas and the Public Sphere*. Massachusetts: MIT Press.

Grillo, Carolina (2013). *Coisas da vida no crime: tráfico e roubo em favelas cariocas*. [Tesis doctoral]. Río de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Habermas, Jürgen (1992). “L’espace public”, 30 ans après. *Quaderni*, 18, pp. 161-191.

Veloso Hirata, Daniel (2010). *Sobreviver na adversidade: entre o mercado e a vida*. [Tesis doctoral]. San Pablo: Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo.

— (2018). *Sobreviver na adversidade: entre o mercado e a vida*. San Carlos: EdUFSCar.

Hirschman, Albert (1970). *Exit, Voice, and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*. Cambridge: Harvard University Press.

Holston, James (2007). *Insurgent Citizenship: Disjunctions of Democracy and Modernity in Brazil*. Princeton: Princeton University Press.

Lessing, Benjamin (2017). Counterproductive Punishment: How Prison Gangs Undermine State Authority. *Rationality and Society*, 29(3), 257-297.

Machado da Silva, Luis Antonio (1967). A política na favela. *CADERNOS BRASILEIROS*, 9(41), 35-47.

Machado da Silva, Luis Antonio (1993). Violência urbana: representação de uma ordem social, pp. 145-155. En Elimar P. Nascimento e Irllys Barreira (Eds.), *Brasil urbano: cenários da ordem e da desorden*. Río de Janeiro: Notrya.

Machado da Silva, Luis Antonio (1999). Criminalidade violenta: por uma perspectiva de análise. *Revista de Sociologia e Política*, 13, pp. 115-124.

— (2004). Sociabilidade violenta: por uma interpretação da criminalidade contemporânea no Brasil. *Sociedade e Estado*, 19, pp. 53-84.

— (2016). *Fazendo a cidade: trabalho, moradia e vida local entre as camadas populares urbanas*. Rio de Janeiro: Mórula Editorial.

Mbembe, Achille (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40.

Mecila (2017). Conviviality in Unequal Societies: Perspectives from Latin America. Thematic Scope and Research Programme. San Pablo: Maria Sibylla Merian International Centre for Advanced Studies in the Humanities and Social Sciences Conviviality-Inequality in Latin America. [*Mecila Working Paper Series N° 1*].

Mendes de Paiva, Luiz Guilherme; Feltran, Gabriel y De Oliveira Carlos, Juliana (2019). Presentation of the Special Issue. *Journal of Illicit Economies and Development*, 1(2), 118-21.

Misse, Michel (2006). Sobre uma sociabilidade violenta, pp. 167-182. En Michel Misse (Ed.), *Crime e violência no Brasil contemporâneo: estudos de sociologia do crime e da violência urbana*. San Pablo: Lumen Juris.

— (2018). Violence, Criminal Subjection and Political Merchandise in Brazil: An Overview from Rio. *International Journal of Criminology and Sociology*, 7, pp. 135-148.

Pires do Rio Caldeira, Teresa (2000). *Cidade de muros: crime, segregação e cidadania em São Paulo*. San Pablo: Edusp.

— (2006). Untitled, pp. 102-149. En Jean Comaroff y John L. Comaroff (Eds.), *Law and Disorder in the Postcolony*. Chicago: The University of Chicago Press.

Rancière, Jacques (1995). *A partilha do sensível: estética e política*. San Pablo: EXO Experimental.

Simmel, Georg (1990 [1900]). *Philosophy of Money*. Londres: Routledge.

— (2010 [1918]). Life as Transcendence, pp. 1-19. En John A. Y. Andrews y Donald N. Levine (Eds.), *The View of Life: Four Metaphysical Essays with Journal Aphorisms*. Chicago: University of Chicago Press.

— (2009 [1908]). *Sociology: Inquiries into the Construction of Social Forms*. Leiden: IDC Publishers.

Stepputat, Finn (2013). Contemporary Governscapes: Sovereign Practice and Hybrid Orders Beyond the Center, pp. 25-42. En Malika Bouziane, Cilja Harders y Anja Hoffmann, *Local Politics and Contemporary Transformation in the Arab World – Governance Beyond the Center*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

— (2015). Formations of Sovereignty at the Frontier of the Modern State. *Conflict and Society: Advances in Research*, 1, pp. 129-143.

— (2018). Pragmatic Peace in Emerging Governscapes. *International Affairs*, 94(2), 399-416.

Thevenot, Laurent (1990). L'action qui convient. *Raisons Pratiques*, 1, pp. 39-69.

— (2006). *L'action au pluriel: sociologie des régimes d'engagement*. París: La Découverte.

Tilly, Charles (1998). *Durable Inequalities*. Berkeley: University of California Press.

Vianna, Adriana (2014). Violência, Estado e gênero: entre corpos e corpus entrecruzados, pp. 209-237. En Antônio C. Souza Lima y Virgínia Garcia-Acosta (Eds.), *Margens da violência: subsídios ao estudo do problema da violência nos contextos mexicano e brasileiro*. Brasília: Universidade de Brasília.

Weber, Max (1967). A política como vocação, pp. 97-154. En Max Weber, *Ensaio de Sociologia*. Rio de Janeiro: Livros Técnicos e Científicos.

Werneck, Alexandre (2012). *A desculpa: as circunstâncias e a moral das relações sociais*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Wittgenstein, Ludwig (2009 [1953]). *Philosophical Investigations*. Londres: Basil Blackwell.